

## Cognitivism y política

Juan José Moreno Murcia  
Ana Doménech Almendros

### 1. ASPECTOS INTRODUCTORIOS

Hace aproximadamente veinte años comenzó a llegar una corriente, un enfoque psicológico que se presentó como alternativa a la psicología empírica tradicional, ofreciéndose como una auténtica tautología hermeneútica. El cambio parecía no sólo formal, sino también general de la filosofía de la ciencia. Más allá de la relación causa-efecto, introducía el pensamiento como base organizativa-conductual humana. Comenzó a hablarse del procesamiento de la información. Y ello corría paralelo a un auge sin precedentes de la informática que comenzó a extenderse casi sin limitaciones.

Desde esas primeras etapas hasta la fecha, la llamada psicología cognitiva ha visto multiplicar su influencia dentro del marco general de esta ciencia de forma bastante más que llamativa. Se ha escrito mucho sobre memoria, categorización o procesamiento de información. Ello que fue en un primer momento positivo y vitalizante ha llevado a una situación de exceso de oferta investigadora, con frecuencia buena pero redundante en cuanto a su contenido, además de poco clarificadora. Esto puede conducirnos, en la línea de lo que apuntan Pinillos, Pelechano y Seoane (1981), hacia una fase de escasez imaginativa enmarcada dentro de una cierta confusión generalizada. En la que a veces resulta difícil diferenciar formalmente un estudio sobre el procesamiento de la información, cronológicamente más reciente, de otro claramente conduc-

tista, y como tal, más «histórico», si así puede llamarse.

Tal vez, como apunta Zajonc (1980), lo cognitivo deba tener preminentemente un trasfondo social y, en definitiva, sólo esté ampliando y modernizando el ya de por sí amplio abanico del paradigma conductista. Posiblemente, como indica Pinillos (1984), estemos asistiendo a la evolución larvada de algunos investigadores que partiendo de planteamientos casi axiomáticos, han evolucionado hasta percatarse de que su trabajo ordinario distaba bastante de reflejar adecuadamente la auténtica complejidad de la realidad que vivimos.

Por otro lado, el estudio del conocimiento, que cuenta con precedentes milenarios en la filosofía, pasará por analizar los diferentes estratos que atraviesa el pensamiento para convertirse en la génesis del comportamiento.

Existe además, si vivimos en una sociedad fuertemente motivada, un deseo casi generalizado de ser protagonistas activos de nuestro propio conocimiento; tratando de analizar los fenómenos sociopolíticos más allá de la perspectiva que ofrece la butaca de mero espectador social. Desde hace relativamente pocos años se ha constatado un aumento significativo de las personas que se interesan por autoactualizar sus estructuras cognitivas. Son cada vez más los que hablan de la evidencia de un conocimiento político (Cantor 1981) que supondría la aplicación de esquemas cognitivos a la base de conductas colectivas implicadas en un área macrosocial.

Reconociendo que los matices críticos de lo anterior también pueden aplicarse a este área, en términos generales, la mayor parte de las diferencias individuales que se dan en el procesamiento de información política se basan en la experiencia como variable que facilita no sólo el uso, sino también el acceso a los esquemas sociales. Entendiendo éstos como una categorización aplicada del mundo objetivo que vivimos.

La importancia del uso de los mismos es socialmente muy grande. Su utilización es tan frecuente en la vida diaria que la mayoría de opiniones que se emiten sobre la sociedad son fruto directo o indirecto de aquéllos. Por otra parte, la estructuración de creencias reporta al individuo cierta economía cognitiva que facilita y mejora los niveles de pensamiento crítico; reduciendo ambigüedades e incongruencias.

El cognitivism en política toma como punto de partida el conocimiento social. Más allá de la llamada metáfora del ordenador el hombre en sociedad tiende a construir su sistema de creencias de manera empírica, racional, interactuando con otras personas. En ese sentido, extrapolando el contexto, cabría hablar de que no existen organizaciones políticas, como constructo abstracto, sin individuos que las sustenten y viceversa. Es como si las estructuras políticas se configuraran de acuerdo con la conciencia social de los individuos que las componen, o, al menos, de sus líderes más representativos.

### 2. REFLEXIONES SOBRE PSICOLOGÍA COGNITIVA Y POLÍTICA

Sin ánimo de parecer en exceso reduccionistas y tomando en consideración la diversidad de matices de la capacidad humana, el proceso de elaboración de la información política nos conduce a una síntesis cognitiva como «disposición compartida» que refuerza los estereotipos sociales. Con ello se adopta un rol activo no sólo en la búsqueda sino también en la selección, convirtiéndonos en actores de la estimulación a la que somos sensibles (Mahoney, 1980); lo que nos aleja sensiblemente de la relación mente humana vs. computador.

Los diferentes niveles de compromiso político correlacionan con el grado de información que los individuos poseen acerca de las diferen-



# Tema d'Estudi

tes opciones ideológicas; es decir, sobre los demás. La persona al autocategorizarse está también, a su vez, categorizando a los otros; en especial a los componentes de sus círculos de relaciones más habituales. Así, el cognitivismo político es una forma de adquirir o consolidar competencias sociales, de manera que pueda incidir sensiblemente en el proceso de emergencia social de uno o varios individuos en una organización.

Los esquemas políticos, aunque difieren en contenido, comparten similitudes estructurales tales como la aparición de una etiqueta asociada a unos valores o atributos centrales. La práctica y el entrenamiento en una habilidad social como es la política, pone de manifiesto notorias di-

ferencias individuales que se evidencian por los distintos grados en que un sujeto puede procesar la información que recibe en función de variables tales como la experiencia, el entrenamiento y el compromiso. Por otra parte, las organizaciones pueden coadyuvar o influir a consolidar en determinada direccionalidad política la base cognitiva de una persona. En el sentido al que alude Vega (1982) el conocimiento político se configura como un universo cognitivo dentro de la realidad.

El contacto con la política aplicada pasa por ser también un proceso de aprendizaje adaptativo en el que cada adquisición de información enriquece cualitativamente nuestro sistema cognitivo. Así, la categorización social seguiría un criterio utilita-

rista que muestra los esquemas cognitivos como estructuras compartidas relacionadas con estereotipos.

Ante la complejidad del mundo político, formalmente ambiguo, la mayoría de los ciudadanos permanecen indiferentes a este fenómeno y están pobremente informados acerca del mismo (Converse, 1975). Sin embargo, el cúmulo informativo que diariamente recibimos obliga a los que se hallan motivados socialmente a adoptar un criterio selectivo por el que sólo se procesa cognitivamente toda aquella información que no resultara disonante con el esquema ideológico personal que, categorizado, guía el curso del pensamiento político.

El conocimiento previo del tema del que recibimos información influ-





ye decisivamente en la estructuración y uso de esquemas en política. La experiencia se manifiesta así como un factor que facilita la estructuración y, por tanto, la resolución de problemas.

Por todo lo anterior pensamos que la psicología cognitiva, pese a todo lo escrito sobre ella, y aunque no tenemos la certeza de que suponga una verdadera ruptura metodológica con lo anterior o si, por el contrario, es una adaptación de paradigmas de investigación anteriores, sí evidencia aplicaciones prácticas en la actuación política.

La ciencia política fue, hasta épocas recientes, patrimonio de filósofos y politicólogos en casi exclusividad. Sin embargo, la psicología, a pesar de desdenes o enfoques investigadores excesivamente simplistas, ha aportado desde el enfoque cognitivo una teoría válida sobre la información, niveles de activación conceptual y modelos de categorización que pueden facilitar y mejorar la comprensión de los fenómenos políticos diacrónica y sincrónicamente situados.

En ese sentido, se ha evidenciado que un alto nivel de compromiso político (que no es sino una manera de activación cognitiva) influye decisivamente en el procesamiento de la información política. Yendo más lejos de los planteamientos de Campbell (1960) además del grado de implicación ideológica o la intención de voto, los individuos se identifican en general con un terminado esquema de valores, que normalmente en la política suele estar representado por una determinada opción ideológica y/o sindical.

Un partido político con una sólida implantación social puede constituirse como un instrumento muy importante en la elaboración de opiniones. Especialmente en aquellos casos en los que el individuo no tiene un acceso directo a las fuentes de información. El poder real del partidismo para el ciudadano residiría, en parte, en el «servicio cognitivo» que aquél le prestaría a éste; llegando a convertirse en un esquema-marco, en un catalizador enormemente útil y cómodo para la jerarquización de creencias, actitudes y en la ya citada formación de un estado de opinión personal sobre el mundo político.

Por otra parte, un alto índice de implicación o compromiso supone, al menos, la interacción de tres variables:

1) En primer lugar, estimula la motivación traducida en un mayor interés por parte del individuo hacia la información entendida en sí misma.

2) En segundo, provoca una intensidad emotiva sensiblemente superior a la media de la población.

3) En tercer lugar, favorece la participación activa, directa o indirecta.

Así pues, un mayor acento en el eje activación-implicación política vendría dado, como apunta Cantor (1981) por tres componentes básicos: cognitivo, emotivo y comportamental, entrelazados jerárquicamente entre sí.

La actuación política desde un enfoque cognitivo sería una interacción de estas tres variables, tanto en el orden individual como en el social y en el seno de un innegable marco cultural que posee un efecto modulador. Los tres niveles antes citados constituyen un continuum denotativo de la complejidad y riqueza del conocimiento político, que se ha mostrado como una de las facetas en que se evidencian, aún más si cabe, las diferencias individuales traducidas en procesos de categorización y/o evaluación de actuaciones. Por lo que la búsqueda de principios generales en el cognitivismo político sería más fácil cuando se reconociera que tales principios son contingentes precisamente con los tres órdenes jerárquicos aludidos (cognitivo, afectivo y comportamental).

De todo lo anterior podemos inferir que los individuos más comprometidos políticamente difieren fundamentalmente de otros con menor índice la implicación en la facilidad, el manejo, el acceso y la utilización de la información que reciben y, por tanto, en la formación así como en el uso de esquemas cognitivos de tipo social. Más aún, la accesibilidad, manejo y disponibilidad analizadas en sí mismas no son suficientes para ayudar a organizar adecuadamente el procesamiento de la información si el individuo que recibe ésta no tiene, o lo posee escasamente, un grado de compromiso político respecto a la sociedad en la que vive. Esta observación permite percibir notables diferencias individuales, no sólo por la naturaleza del esquema cognitivo que un sujeto posee, sino también por la facilidad a la hora de poder procesar sin conflicto la información recibida.

De esa forma los individuos atenderían de manera especial a la consistencia o inconsistencia cognitiva

de las noticias políticas a las que acceden, elaborando una jerarquización de las mismas en función de su relevancia dentro del propio sistema de creencias personal. En ese sentido, en la línea de Eisser (1980), la respuesta individual depende de la estructuración de los estímulos sociales que recibe. El individuo se autopercebe, de ese modo, como un agente activo en el proceso de socialización política y no como mero punto terminal, observador pasivo de las circunstancias que le rodean. Tal vez, al respecto, tenga en un futuro próximo algo que aportar el conexionismo que, como paradigma de investigación, es realmente un recién nacido.

La política podría entenderse en términos de «social cognition» y la información, entendida en sí misma, como conocimiento en el que confluirían interacciones partirían de experiencias personales y de un consenso social con su correspondiente sistema de valores. No se trataría de predecir con exactitud la conducta, tengamos presente que las respuestas ante una misma situación elicitan se producen desde un enfoque plurifactorial. El individuo interpreta el entorno de acuerdo con su percepción y comportamiento sociales.

La relación entre psicología cognitiva y política estaría justificada, entre otros argumentos, desde la perspectiva de un enfoque en que los fenómenos políticos puedan ser analizados haciendo uso de la teoría del procesamiento de la información.

Por otra parte, la sociedad demandaba, más allá de la perspectiva filosófica o exclusivamente política, la necesidad de abordar psicológicamente el estudio del conocimiento de las ideologías aplicadas, del que tantas veces se ha hablado, a menudo trivialmente.

El cognitivismo y la política podrían clasificarse, en líneas generales, en el seno de una psicología cognitivo-social de amplio espectro. Aunque por sus peculiares características merecería un enfoque investigador propio e independiente, ya que en los fenómenos políticos confluyen suficientes variables de todo tipo para dar lugar a ello.

El cognitivismo político es algo más que procesamiento de información, pese a que esto sea muy importante; supone la interrelación de distintas etapas evolutivas, diferentes pero convergentes, que le confiere una profundidad que probable-





mente sobrepase los aspectos más estudiados de la llamada revolución cognitiva. Si una conducta política, individual o institucional, desea entenderse, y no sólo observarla o sufrirla, evidentemente tendremos que reconocer como necesaria la aportación psicológica, desde un punto de vista social, al conocimiento. De ahí la importancia de la formación y uso de los esquemas cognitivos que, de alguna manera, sintetizan los sistemas de creencias, dotándoles de la homogeneidad suficiente para poder adoptar una actitud racional hacia una determinada ideología.

La categorización del conocimiento político ayuda notablemente a verificar si las expectativas que pudiéramos tener respecto de los fenómenos políticos suceden conforme a lo que deseáramos. En término generales, el uso de esquemas cognitivos en política es un proceso a «posteriori» de otro anterior en el que nuestro marco conceptual ideológico propio se cohesionan y cobra homogeneidad; de tal suerte que nuestro contacto con la política sea de tipo adaptativo.

Sin embargo, a modo de breve conclusión, debemos reconocer ciertas limitaciones en el cognitivismo político. Por un lado, realmente hay que llenar de verdadero contenido el procesamiento de la información política. Haciendo especial hincapié en la relevancia que posee el estudio de cualquier actividad humana, aplicando lo que para otra finalidad apunta Mayor (1985).

Por otro lado, la política no es un macrolaboratorio en el que se puedan controlar las variables de la ex-

perimentación. Al referirnos a la pertenencia y los juicios de categorización en la línea de Cantor y Mischel (1982), no podemos olvidar la extensa gama de variables moduladoras que hacen impensable una aproximación investigadora de tipo mecanicista, en exceso simple. El ciudadano no sólo procesa la información de forma racional y sintética, sino que en sí mismo también se encuentra presente una perspectiva dinámica de los componentes culturales de la sociedad.

Por último, la información ofrece, entendida instrumentalmente, conocimiento y éste facilita la superación de ciertos atavismos y rituales que todavía perviven en la actuación política. No obstante, mientras aún existan necesidades básicas de los individuos y los pueblos, jerárquicamente inferiores en el orden social, no satisfechas, la motivación del ciudadano medio para analizar la información política se ve seriamente obstaculizada. Ello dificulta la credibilidad e incorporación de la actuación política como elemento importante en su vida cotidiana que colaboraría a reforzar su identidad propia entre la multitud.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAMPBELL ET AL.: *The American Voter: An abridgement*. New York: Wiley, 1964 (original publicado en 1960).
- CANTOR, N.: «Involvement, Expertise and Schema Use: Evidence from Political Cognition.» In *Personality, Cognition and Social Cognition*. New Jersey, Lawrence Erlbaum Associates, Inc. 1981.
- CANTOR, N., MISCHEL, W. AND SCHWARTZ, J.: «Prototype analyses of psychological situations.» *Cognitive Psychology*, 14, 1, 45-78, 1982.
- CONVERSE, P. E.: «Public Opinion and Voting Behavior.» In F. I. Greenstein and N. W. Polsby (Eds.). *The Handbook of Political Science*. Vol. 6. Reading, Mass: Addison-Wesley, forthcoming, 1975.
- EISSER, J. R.: *Cognitive Social Psychology: a guidebook to theory and research*. N. York: McGraw-Hill, 1980.
- MAHONEY, M. J.: «Psychotherapy and structure of personal revolution.» In M. J. Mahoney (ED.), *Psychotherapy process*. New York: Plenum, 1980.
- MAYOR, J. (ED.): *Actividad humana y procesos cognitivos*. Madrid. Alhambra Universidad. 1985.
- PINILLOS, J. L.; PELECHANO, V., y SEOANE, J.: «Tres psicólogos en el bosque animado.» *Psicolegema*. Valencia, Alfaplus, 1981.
- PINILLOS, J. L.: «Pensamiento desiderativo en la comunicación social.» En *Boletín de Psicología*, 1-2. Universidad de Valencia, pp. 7-26. 1984.
- VEGA, M.: «La metáfora del ordenador: implicaciones y límites.» En I. Delclaux y J. Seoane (Eds.), *Psicología Cognitiva y Procesamiento de la Información*. Pirámide, 1982.
- ZAJONC, R.: «Cognition and Social Cognition: A Historical Perspective», In L. Festinger (ed.): *Retrospections on Social Psychology*. Oxford University Press, 1980.